

Minerva

Relato

Carole Burry



Minerva
Carole Burry
Relato

Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodix
@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio
Primera edición
Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND



Minerva

Relato

Carole Burry



*Un amor que no es sincero
siete vidas que no quiero
y sigo... pensando en ella*
- Julieta Laso

Son las cuatro de la mañana y estoy altamente embriagada en algún rincón de esta enorme Ciudad. Llegamos al boliche, a ver a no sé qué Dj, pero ya no nos dejan entrar. Ley municipal, después de las 4 am, nadie entra. Me fumo tranquilamente el cigarro de un desconocido, mientras mis amigos imploran que nos dejen entrar. Estoy muy ebria para que algo me importe. No sé de qué charlaba con el pibe que me invitó el tabaco. Algo así como "sí, a nosotros tampoco nos dejaron entrar". Se apaga el tabaco y a buen tiempo, porque me deja nauseabunda, lo que yo ya sabía que iba a pasar pero mi instinto de alterar mi estado de cuerpo y ánimo es más fuerte que cualquier coherencia, principalmente si estoy movida por el alcohol. Le agradezco y cruzo la calle a donde estaban mis amigos, también borrachos.

Seguían implorandolé al seguridad de la puerta: "por favor, he venido hasta esta ciudad solo para verlo al Dj Pareja." "Che, boluda, quién es el Dj Pareja?" "¡Callate, pelotuda!" Siguen insistiendo y el pobre gordo, ya cansado de nuestras rejas, llama por su radio a una mujer, que aparece en menos de un minuto, su superior capaz. Dos minutos después estábamos adentro, pero no sin antes haber tenido que desembolsar tres lucas cada uno (en este momento que el dólar oficial está a 110 pesos). Se han hecho doce mil pesos así de fácil los muy cabrones, pero bueno, es lo mínimo por lo que nos han aguantado hinchando sus pelotas

por al menos diez minutos hasta que se han dado cuenta que no íbamos darnos por vencidos tan fácil. La perseverancia y falta de vergüenza del borracho es inmedible, la del chapaco también. Del chapaco borracho, entonces... es como una clase de institución: la borrachera chapaca.

Entramos y por atrás oímos silbidos y gritos, seguro otro bando que no han dejado entrar, me río feliz de poder seguir la peda en paz. Después de revisarnos, el Remo, uno de mis amigos borrachos y también de infancia, me da la manito - y capaz le agarramos a la Dafne también. La Dafne, que andaba preocupadísima con otros asuntos para además de su borrachera.

Cruzamos por la cortina negra, pesada, un tanto hedionda y sucia, parece que entramos a otra dimensión. Las luces del boliche vienen de todos lados y predomina el color rojo, las luces nos ciegan de inmediato y en milésimas de segundos percibimos un antro llenísimo. El propio infierno en la tierra y batidas sensibles en el cuerpo entero. De a miradas y en gestos coordinamos en sondear el lugar a modo putivuelta. A mano derecha y al fondo vemos una caseta iluminada llena de abrigo de invierno y en unísono nos dirigimos hacia allí para liberarnos de los nuestros. Es abril y la temperatura a la noche es cruel, tipo 14 grados, tal vez menos. Una reja resguardaba la caseta, dejamos nuestros sacos, nos dan un papel con un número y nos retiramos. Seguimos la putivuelta, primera parada: el bar y dos gin tonic. Novecientos pesos. Toma mil, Remo, ya no te debo nada, le digo. Su cara siempre era de desentendimiento de los números, pero confianza de que no me lo estaba timando. Soy rápida

con los números y mis amigos pésimos. Prestame novecientos, mira te doy quinientos, después vos me das el resto, así quedamos, y solo te debo doscientos.

Al fin cada una con su respectivo gin en la mano, nos damos la vuelta y con la mirada ambas acompañamos el caminar de una piba que pasaba con medias pantis negras y una tanga. La parte de arriba no me acuerdo, capaz y no llevaba nada. Solo le había podido prestar atención al andar de quien va por una pasarela, las medias rasgadas y el culo plano. En cuestión de microsegundos me doy cuenta que el ambiente estaba lleno de gentes cuirs. Miraba para todos los lados asombrada: lesbianas, gays, trolos, putas, putos, travas, mostris. La mayoría en pelotas, llenos de glitter y brillo. Lesbianas, lesbianes, lesbianos por doquier. Vuelco la mirada para verlo al Remo y ambas estamos con los ojos llenos de lágrimas y felicidad: “¡Aquí es, Cass! ¡Aquí es!”. Ninguna de las dos lo podía creer, era el paraíso, yo pensaba, el paraíso. Después de pasarnos días rodeados de nuestros amigos heteros, en ambientes cishetero normativos, en jodas heteras, ya casi estábamos al borde de una sobredosis heterogenera. Diez eran los días que estábamos en la Argentina y nos iba mal hasta en el tinder, las vibras heterosexuales de nuestros amigos nos estaban cagando la joda y el garche vacacional.

Subimos por unas gradas para dar continuidad a nuestra putivuelta. Aún maravilladas, no nos incomoda el poco espacio para andar. Yo intentaba pasar por los espacios vacíos que dejaba Rema, con precaución absoluta para que mi trago no se me fuese abajo. El gin estaba perfecto, bien frío y con pepino. Pasada la odisea de subir las escaleras, deambulamos y

tenemos vista directa al escenario, que está abajo. Un bando de personas frenéticas al frente del dj, todes bailando al ritmo de algún tipo de música electrónica que, claramente, no distingo. El dj que toca ya no es por el cual pagamos tres mil pesos bajo nuestro soborno. Además, resultó que era djs pareja, no dj pareja, porque es de hecho una pareja de djs. Esa noche también tocaban Loló Gasparini y Matías Aguayo.

De la mano bajamos las escaleras y Remo nos arrastra para adelante, en medio a la turba y a la música que se pone cada vez más alta, parece que el cerebro ya no hay, solo la música y la cuerpa que la siente vibrar, que se deja llevar a su compás. A todo esto, ya habíamos perdido a Dafne, que estaba frustrada porque era una fiesta mayoritariamente LGBTQIANP+ y porque el pibe con el que se encontraría la había dejado plantada. El pibe hetero la había dejado plantada en una fiesta de trolos.

Soy consciente de que ningún exceso es bueno, pero cuando se trata de tomarse una copita para salir a bailar, olvido cualquier comprometimiento con mi salud. Porque bailar libera dopamina, porque mover las caderas libera la energía sexual y el miedo, porque el alcohol facilita y deja el momento más agradable o más propicio a que me suelte conmigo misma y sea capaz de disfrutar sin amarras. Esa era una de esas noches, un momento estaba bailando con Remo y al siguiente estaba adentro de un grupo de lesbianas, que bailaban al lado nuestro. Estaba rodeada de por lo menos cuatro cuerpas, una a cada lado. Era un suntuoso baile de ninfas safistas.

En medio balanceo abro los ojos y me deparo con un cuerpo de espalda

angosta y recta, clavículas un tanto expuestas, rostro con barbilla puntuda, cabellos cortos, cortos, cortos, un sostén de encaje negro que resguardaba dos tetas pequeñas, lugar en el cual cabían perfectamente. Una imagen divina de ver y tener en frente. Tan lindo de ver que se me guarda automáticamente en la memoria. Mentalmente la baba se me cae por la boca. Acto siguiente me doy cuenta que estoy besando la boca perteneciente a aquel regazo. Paseo mis manos por su espalda, sus brazos, su cuello, principalmente su cuello y su nuca. Paso mi mano por su primoroso cabello para investigarlo y sentirlo a tacto. Nos besamos la boca y jugamos con nuestras lenguas mientras nuestras manos se reconocen en medio a la multitud.

Desconozco el tiempo que pasamos entre besos y el roce de nuestros cuerpos. Me percibo un ser humano de vuelta al plano terrestre y le invito un gin, aunque probablemente ya no tenía plata para eso. Vamos al bar y conoce a Remo. La veo tímida, con las manos inquietas, mirando a los lados y sonriendo a medias. Nos miramos, me hace un gesto con su mano y me dice: ¿vamos? Vamos. Hablo con Remo, le digo que me voy, entonces recordamos que tenemos que recoger nuestros abrigo en el dispute que es el guardador de objetos. Vamos juntas porque tenemos el mismo número, pero ninguno de los dos tiene el papel y tampoco hay nuestros abrigo. Desesperados, comenzamos a buscar con la vista, estaban bien al final, casi invisibles: ¡ahí están señora, esos son, fíjate es así y asado, te juro! De alguna manera conseguimos comprobar que esos sacos son nuestros y nos los da. Rema se queda, “no me voy ni en pedo”, me dice. Nos despedimos y le pido que por favor me llame cualquier cosa. Saliendo me deparo con Dafne,

que traía una gran cara de culo porque era una fiesta tan disidente que le generaba incomodidad, porque además el pibe la plantó y seguro otras razones más, como hambre y cansancio.

Salimos andando mientras Dafne va refunfuñando que quiere comer e irse a casa. Me vuelvo hacia *este ser humane divine que me llevaba a su cama* y del cual yo no me acordaba su nombre, ni nada de lo que habíamos hablado hasta ese momento, si es que lo habíamos hecho. Minerva se llama, diosa de la sabiduría y de las artes. Aunque, por lo que me causaba, se podría haber llamado Michelle, que significa "quien es como dios", una diosa, una diosa. O Milena, que es algo así como la elegida, la elegida para causar tremendo milagro y convertir en certezas las dudas que tenía.

Me vuelco hacia Minerva y le pregunto por algún lugar para comer y acabar con el monstruo que habitaba a Dafne en aquel momento. Yo muerta de vergüenza con su comportamiento, quería tirarle una patada y dejarla ahí tirada con su mal humor, pero no podía hacer eso. Pasamos por una pizzería, se compra sus pizzas y la metemos en un taxi, me siento profundamente aliviada de estar a solas con Minerva.

Nos ponemos a andar, eran finales de abril y hacía mucho frío, mientras se sube las mangas, me jacto que vestía un overol negro, que lo llevaba en la cintura para amenizar el calor que hacía en el boliche. Lo había tenido todo este tiempo abierto y claro, si yo me había deleitado con sus tetas en medio a la música y a sus besos. Traía unas zapatillas negras, llevaba una mochila. Charla viene, charla va en el camino

de unas veinte cuabras por lo menos. Soy de letras, yo socióloga. ¡Ah, mirá vos, que genial! Me sonríe. Quiero mudarme aquí, amo esta ciudad. Yo tomé pasti. No me digas, todo lo que yo quería. ¿Querés? Quiero. Se da vuelta la mochila y de algún lugar, con delicadeza eximia y como a quien le danzan las manos, saca una bolsita transparente y me da una pastillita azul, muy chiquitita. La puse en mi boca y nunca me costó tanto tragar algo. El alcohol cumpliendo sus efectos deshidratantes bravamente, lista pal chaki, resaca, en español argentino. No sé cuánto andamos, creo que mucho, para ser sincera. Al fin llegamos a su casa, es un departamento lleno de libros, pero eso solo me daría cuenta a la mañana, unas horas después, porque nos vamos directo pal cuarto.

Me saco los anillos, ella nos trae agua, a mi pedido. Vuelve y enciende una estufa eléctrica que yacía en medio al desorden monumental de su cuarto. Siento mucho frío, me dice sonriendo. Nunca había cogido bajo las sábanas, por lo menos no de esa manera, o no que me acordara. Las sábanas nos cubrían y nos calentaban. Nuestros cuerpos estaban ungidos, de un momento a otro, en voluptuosidad lascivia. No me acuerdo cómo le saqué la ropa, ni siquiera si se la saqué incluso, si ella me sacó el sostén o yo a ella. Nuestros cuerpos se mezclaban y se movían con tamaño sincronismo que parecía ensayado. Idóneo. En medio a movimientos tan fluidos y precisos, besos y caricias y gemidos, te veo encima mío sonriendo, gimiendo gustosa. Te me quedas automáticamente tatuada en mi memoria, de nuevo. Paramos momentáneamente, aún está oscuro y nos fumamos un porro que tenías a medias en la mesa de noche del lado izquierdo. Tomo un sorbo de agua. Continuamos.

No me di cuenta en qué momento se escondió la luna y el sol comenzaba a mostrar sus rayos. Cuando me percibo de nuevo en mí, te tenía por encima sonriendo y por atrás de tu cabeza vi la ventana. El cielo comenzaba a azularse. La claridad ya entraba por la ventana. En ese instante fue cuando te percibí balanceando tu cuerpo de forma tan orgánica encima del mío. De a poco los gemidos van aumentando la intensidad y yo me siento un nene de 13 años perdiendo la virginidad con una puta. Entonces te llega el primer gozo, gritando, sonriendo, con el cuerpo erizado y la cabeza balanceando conforme tus gemidos. Enseguida, cuando menos me di cuenta, el segundo turno, gozosa de la misma forma. Me quedé sin aliento, impresionada con lo que contemplaba y oía. No era la primera vez cogía con una mujer, tampoco puedo decir que a ese momento yo sabía exactamente lo que hacía. Una experta no era, todo lo contrario. Algo en mi cabeza hizo un clic diciéndome que nunca más quería ver cosa diferente encima mío.

Caímos dormidas en algún momento sin percatarme de ello y al abrir los ojos lo primero que vi, después de tu cuerpo acurrucado entre curvas, fue un cartelito en la pared que decía "Tu lengua en mí" y abajo tenía un fueguito.

Dormías de lado, dándome la espalda, encogidita en vos, capaz te hacía frío, dices que sos friolenta. Llevabas una polera rosada que si no me engaño era de las chicas super poderosas, bombacha negra. Aproveché tu sosiego para pasear con mis dedos por tu silueta, por tus curvas suntuosas. No me resistí y te besé el brazo, aunque en verdad en ese momento quería recorrer tu cuerpo entero, pero no quise

interrumpir tu sueño tampoco. Tal vez te haya besado el cuello o la mejilla, no sé si el recuerdo que tengo es pura imaginación y deseo o si de hecho lo hice. Te despiertas, pasas las manos por tu cara y te vuelves hacia mí.

Estás apoyada sobre tu brazo izquierdo, yo estoy echada viendo tu linda cara encima de la mía. Tus ojos se abren como los de quien sabe hablar sólo por la mirada. Me pierdo ahí dentro por milésimos de segundos. “Qué humor tremendo que traía tu amiga anoche, eh?”, me río y le confirmo. ¿Y decime, como tu amiga quedó con un paki en una fiesta lgbt? Yo no me acordaba de haberle contado el dato de que habíamos llegado a esa fiesta por mero capricho de Dafne. ¿Ah, era una fiesta lgbt? Te digo haciéndome a la desentendida, me abres tremendamente los ojos, gesto que en apenas algunas horas ya te había detectado y que me gustaba profundamente. Le pregunto que es un paki y me lo explica en palabras y ejemplos bastante didácticos. Una palabra encantadora y nueva en mi vocabulario, así como la palabra torta, que recién la había aprendido hace un par de semanas. Los ejemplos que entonaba en acento porteño con la utilización de esta palabra: “ay, no, este lugar está sheno de pakis” o “¡qué paki pesado!

¿Te parece que nos hago un café, un porro y te muestro un dibujito animado? ¿Querés el café con leche? ¿De almendras, puede ser? ¡Todo lo que quieras, bombón! Enuncio esa frase mentalmente, pienso en lo vulgar y emocionada que soy. Minerva lo pregunta gesticulando y hablando igualmente con los ojos y las manos. ¿Te gustan los dibujos animados? Te refriegas la cara con las manos de nuevo.

Se levanta en busca de algo y mientras me da la espalda le noto un lunar, un lunar al noroeste de sus nachas. ¡Qué lindo lunar!, pienso. Se pone su albornoz rosado dándose vuelta hacia mí, en movimientos casi mágicos. Me sonrío. Me revienta la cabeza, ¿tienes algún remedio?, le digo. Se da vuelta y surge con un estuche negro lleno de remedios. Revuelca todo por algunos segundos apoyada en la esquina de la cama y me da algo que no cuestiono qué es, sólo lo tomo.

Sentía que los ojos se me saltaban de sus cavidades. Me levanto para tomar el remedio y también busco mi calzón, me tambaleo y caigo a la cama. Encuentro mi calzón tirado entre medio a otras piezas de ropa y debajo de la cama. ¿Cómo abran llegado ahí, me pregunto. Estoy desnortada. Me pongo mi calzón, me meto bajo las sábanas, que un día deben de haber sido blancas, pero estaban amarillentas por el paso del tiempo, tenían líneas rojas y amarillas. Busco mi celular y aviso a mis amigos que está todo bien, todo bajo control, y les mando una selfie cubriéndome las tetas bajo las sábanas, medio ebria, medio drogada y bien feliz.

Minerva vuelve con dos tazas de café con leche de almendras. Se ve impecable, los ojos los tiene enormes, el pelo le brilla. Odio el café con leche vegetal, pero este que me da está espectacular. Le pregunto si es vegana y me responde que no. “Viva un buen asado, comí uno increíble en el mercado de San Telmo”, le comento. Deja los cafés y trae su computadora. Nos acomodamos y comienza a armar un porro. Te observo armarlo encantada. Registro en mi memoria tus manos enrollando el porrito, tu cabeza moviéndose armoniosamente al ritmo en que tu

lengua atraviesa el pegamento del papelillo.

Antes de poner a andar el video, me dices: "de cualquier forma, perdonáme que no te ofrezca algo más poético que un dibujo animado en youtube un sábado por la mañana". Pienso vulgarmente, de nuevo, que verte gritar de gozo, lo había valido todo. "Naa, ni te preocupes." Yo estaba, de cierta forma, un poco disociada no sé si por la resaca de las drogas y el alcohol, o por lo maravillada que estaba con tremenda lesbiana.

Sus ojos, de cierta forma, me abducían. Su sonrisa, su voz, su nuca pelada, la forma en la que usaba las manos para hablar, la facilidad aparente que tenía de formar frases bonitas, difíciles pero coherentes, inteligentes y de alto grado revolucionario. Enciende el porro, nos acomodamos y pone play a los dibujos. Nos vamos pasando el porrito mientras tomamos el café. Verte de costado soplando el café para que no te quemé los labios me deslumbra, un escándalo cómo algo tan simple se me hace un acto sumamente atractivo en mi imaginación.

El video va pasando, pero no lo recuerdo muy bien. Personajes ironizando la legalización de la marihuana, un asesinato, un traficante y la política argentina que no cacho porque no tengo a mano todas las referencias. Igual me hace gracia y nos reímos juntas. Es muy fácil hacerme reír.

El café se acaba y el porro se queda a medias. El video se va acabando también y cuando caigo en cuenta tus dedos acarician mis tetas, como quien pide sexo matinal, aunque sean las tres de la tarde. Pienso que este extraño gesto me recuerda a mi ex pareja, que desconocía otra forma

de llevarnos al rose de los cuerpos. Y aunque sí, este movimiento me enciende un poco, lo siento algo tímido y la timidez me incomoda profundamente. Es porque siempre lo he sido y al correr de los años he aprendido a luchar casi que, a diario, con esto que soy. No importa que esto me vaya a costar días de agotamiento mental y culpas irracionales por ser exactamente como soy.

Nuevamente nos estamos besando con las cuerposas entrelazadas, yo desorientada, porque a pesar de la familiaridad, todo era aún desconocido. En un revuelco de cuerpos estoy encima tuyo y te beso la boca, el cuello y todo lo que puedo porque me encantaría que este momento no se acabe nunca. Qué lindas tus piernas, me dices mientras las ves y las acaricias de una forma y con un galanteo que nunca antes mi cuerpo había sido apreciada. Me enciendo. Te beso más, te quiero entera, quiero incendiarte con mi lengua. “!Qué sexy sos!”, me dices mientras me embarro de vos y beso tus tetas y tus clavículas. Intento creerte.

Continúo haciendo lo que hago ya que, aparentemente, te gusta y a mí no me cuesta ni un poco el performance de pasear mis manos y mi lengua por tu piel. Piel que claramente es encremada con regularidad. “Sos muy linda, ¿sabés?”, proclamas estas palabras entre gemidos, mientras tus manos pasean por mi espalda y por mi culo. Te beso el cuello, te beso el pecho, te beso los pezones. No hables más, pienso. No te respondo, no sé qué responder a eso, me pongo un poco sin gracia, me pregunto si debería agradecer en este momento. Me lee la falta de reacción “¿Me parece que no lo creés, ah?” Me recorres el pelo atrás de la oreja, me miras la boca, yo te veo a los ojos.

“Osea sí sé, pero al mismo tiempo no, no sé si me hago entender.”

Intento que dejemos las palabras de lado, ¡no me chamuyes, para qué todo esto si ya estoy en tu cama! Pienso. Nos seguimos besando. Quiero besarte la espalda y te pido al oído que te des vuelta. Muero y resucito en éxtasis, nunca vi igual. Tiene un tatuaje que le atraviesa de derecha a izquierda la espalda, le baja por el torso, entre las curvas de su columna y su cintura. Estoy desecha, derretida, talvez aún bajo el efecto de la pasti y seguramente esta droga hace que yo me enamore de una persona que no conozco.

Tras caer en cuenta de que existe una vida y responsabilidades a las cuales acudir, comenzamos a organizarnos para la retirada. Revuelco los bolsillos de mi pantalón y efectivamente, ya no tenía un peso, había gastado hasta el último centavo. Tampoco tenía la más mínima idea de dónde estaba o cómo volver a casa. Agarro el celular, abro Google Maps, me localizo en tiempo real y se me apaga antes de que yo logre ver dónde estaba parada en el mapa. Ella agarra la compu, me pide mi dirección y nos fijamos cómo hago para llegar a casa. Al ver la dirección me dice: bueno, ahora me tenés que dar tu número para que sho te pase como shegar. Mi reacción fue quedarme sentada y pelada mirando a la nada, sin conseguir procesar esa información, ni darle mi número, porque mi celular estaba apagado. Igual no me servía que me lo mande porque no podía verlo.

Me acompaña hasta la puerta del edificio, bajamos dos pisos y me explicas cómo llegar: caminás dos cuadras, llegás a Aguirre, seguís derecho y doblás a la izquierda.

Tomás Gurruchaga y seguís directo a casa. Nos damos un beso y camino cuarenta minutos a casa en estado de euforia.

Voy caminando dispersa, aérea, abajo de altos corredores de Plátanos que cumplen la perfecta función de darle un toque nostálgico a las calles. Sospecho que en épocas en que todo se pinta en tonos de grises y marrones, cuando las hojas amarillentas caen por el piso movidas por el viento frío, todo es más bonito. La ciudad se pinta cada vez mejor a cada paso que doy por las calles de Villa Crespo y Palermo, con una sonrisa en la cara que tenía estampada la palabra lesbiana. Llego a casa. No había nadie. Me acuesto.

Ese sábado a la noche las calles estaban vacías, el aire de final de semana me generaba angustia. Además, la pensé todo el día, la sentía más que la resaca acumulada de beber diez días sin parar. Un tipo de electricidad me recorre cada partícula del cuerpo cada vez que me acuerdo de su cara. De su cara de mala y gozosa. Se me eriza la piel y la siento bien al medio de mis piernas.

Pienso que ir a buscarla a su casa no sería una mala idea. Necesitaba verla de nuevo, aunque sea para preguntarle su nombre. No sé bien dónde es su casa. Tal vez lograría llegar si recorro el mismo camino que hice. Me lamento al largo de todo ese día con Rema, ¿cómo no le he dado mi número? ¡Boludo, no me acuerdo su nombre, se lo he preguntau tres veces! ¿Sería muy loca si me aparezco en la puerta de su casa? Sin miedo al éxito, boluda, ¡andá! Pero qué le digo, ¿qué hago? No sé, dile que le querías invitar un café, una birra.

Salgo de casa y camino Gurruchaga abajo hasta llegar a Aguirre. Doblo a la izquierda, intento localizarme en el mapa. Me tomé dos litros de agua en el camino y ahora me meo. Me hace frío y la ansiedad me tiembla el cuerpo. Después de dar unas vueltas llego al edificio que creo es el de Minerva. Me paro en la puerta y observo alrededor, intentando reconocer los edificios, los árboles, las placas con los nombres de las calles que ella me señaló la tarde anterior. Aquí es, no tengo dudas. Me sigo meando y estoy tomada por ansiedad. ¿Sería yo una puta loca? Sí, capaz, pero no importa. Entra y sale gente del edificio, pienso en escabullirme por atrás de algún vecino, pero creo que tocarle la puerta de casa ya sería demasiado.

Toco los tres timbres que corresponden al segundo piso, uno atrás del otro. Ninguno atiende. Estoy hace quince minutos en la puerta, dividida entre la culpa de estar allí sin saber siquiera si estaba en el lugar correcto y las ganas que tenía de verle y comerle la boca de nuevo. Me siento al lado de la puerta, pensando en cómo excusarme cuando aparezca y si es que aparece: perdoná estar aquí es que pasaba me he pegau un tropezón y de casualidad he caiu en tu puerta.

Sigo sentada, veo el reloj y pienso que mejor me voy. En cuestión de segundos la puerta se abre y yo me levanto de un salto. Era ella, saliendo. Nos miramos, ella no entiende nada y entre tartamudeos y gestos con las manos me pregunta si me olvidé algo en su casa. Me río y le digo que no con cara de quien se quiere meter a un agujero y no salir nunca más. Las manos me sudan, tiemblo y no es de frío. La voz que apenas me sale y entre tartamudeos le digo que namás quería invitarle un café o una birra.

Salimos andando porque ibas atrasada a almorzar con una amiga. Yo, a esa altura, estaba inmersa en el contorno de tu nariz y tu boca, que no dejaban de hablarme. De repente veo por atrás de tus ojos el recuerdo tuyo arqueada y me da una punzada en la espina. Todo este deseo incontrolable mezclado con el desespero y las ganas de reír que me dan cuando me pongo nerviosa. Tomo coraje, pongo mi mano tímida en tu hombro y con un poco de vergüenza te pregunto: Perdona, ¿cómo te llamabas? Te vuelves hacia mí esbozando sobresalto con tus ojos negros, como ya sabía que lo hacías, con una sonrisa que no sé si era de indignación o gracia. Minerva, me dices. ¡Ay, bueno, entonces sí me acordaba, namás quería estar segura!

“Acordate que fuiste vos la que no me dio el número”, me dice y la miro como un perro que se escapa y vuelve a casa arrepentido. “Sho igual entendí que no quisieras darme el número, eh, estás de vacaciones, te vas mañana, todo bien”. Sí, pero la que no ha entendido he sido yo, me digo. Intercambiamos números de teléfonos, nos despedimos entre miradas y saludos que se extrañan. Nuevamente camino de vuelta a casa, esta vez impresionada con la situación que inventé. Nada me importa más en este momento que besar tu boca de nuevo. Le grito al mundo y tuiteo: lesbiana emocionada.

Me manda un audio al correr de la tarde: pensé de encontrarnos en un lugar que sea mitad camino para ambas, Scalabrini Ortiz y Córdoba. Yo no tengo idea de dónde estoy parada, pero le digo que sí y a las ocho en punto estoy parada afuera de un farmacity que está en esa esquina. Entro a comprarme un agua porque la resaca la tenía acumulada y

el corazón, lo tenía atravesado en la garganta. Caminamos como por media hora buscando un lugar para sentarnos a tomar algo, pero es un domingo primero de mayo y está todo cerrado. Encontramos un lugar que se encuadra en todo eso que odias, un lugar bien paki y cisheteronormado. Compramos dos pintas y nos sentamos en una mesa al aire libre, cagadas de frío.

Te digo que me encanta como hablas, me respondes que ya te lo han dicho alguna vez, sin mirarme a los ojos, jugando con las manos y yo caigo enamorada un poquito más. Me dices que te gusta como me pinto los ojos de colores. El día anterior los traía rosados, hoy verdes. Me cuentas tus anhelos académicos y yo los míos, tu doctorado, mi maestría en escritura creativa que detesto. Te comento de mi vida pasada, en la que estaba casada con un varón, que el término era reciente y no nos hablábamos porque estábamos aún de duelo. De luto, me corriges. Sí, sí, estamos de luto y no nos hablamos. Se nos acaba la birra, propongo comprar más, pero me dices que en tu casa hay vino.

Caminamos por las calles oscuras de Villa Crespo, envueltas en el frío húmedo de Buenos Aires. Cruzas tu brazo con el mío y caminamos juntitas y a la par. Me cuentas que es la novena vez que te mudas y que habías conseguido alquilar con una ex novia a un precio coherente. Yo te completo la frase: a precio de ex novia. Te ríes y afirmas la sentencia, yo me enamoro de nuevo, un poquito más. Tu risa y tu voz me encienden, siento una corriente por mi cuerpo de nuevo, ahora además de temblar de frío y ansiedad, tiemblo de deseo.

Llegamos a tu casa, sigue el mismo desorden de ayer. Traes dos copas y

un vino tinto, nos invitas maní y papitas. Me dices que quieres ver un programa que sale hoy después de estar fuera del aire por un tiempo. País de Boludos. Lo veo encantada, aunque sigo sin entender un sorete de la política argentina. Qué lindo verte reír de indignación y nervios. ¿Y si te comenzara a besar el cuello? ¿O si te pongo la mano en la pierna? ¿O si solamente te digo que cojamos porque ya no puedo más?

Sigo cagada y sin saber que decir, me pareces muy inteligente y eso me causa mucha inseguridad. ¿Estoy a la altura de una charla con vos? ¿Será que te parezco tonta? ¿Será que me estás entendiendo lo que digo? ¿Será que estoy siendo clara? ¿Será que entiendes que me vengo a vivir a esta ciudad en breve y me quiero casar con vos? Me das algunos besos tímidos y me inundan las ganas de sacarte la ropa ahí mismo, tirarte a la cama, besarte igual o más que ayer. Pero no entiendo muy bien que pasa, porque mañana das clases temprano y te tienes que dormir a las diez. Me pides un uber.

Inconscientemente me invento una loca historia de pasión. Apenas te conozco. No te conozco. Quería hacerlo. Pero me pediste un uber. Deseaba saber cómo fue tu única relación con un varón. Pero me pediste un uber. Anhelaba saber qué tipo de ropa te gusta, regalarte una camisa florida bonita. Pero me pediste un uber. Deseaba saber que más hay atrás de esa apariencia tan segura de sí misma que pasas. Pero me pediste un uber. Disfrutaría en éxtasis saber cómo te ves gritando de dolor, no solo de placer. Pero me pediste un uber. Gozaría saber cómo te ves pelada mientras te bañas y como el agua con jabón te corre el

cuerpo, ¿cómo te lavas el cabello?
Pero me pediste un uber. Quería
deleitarte, disfrutarte y complacerte.
Pero me pediste un uber y yo me
voy después de darte un beso muy
corto que podría haber sido infinito.

Carole Burry

Lesbiane no binarie, sociólogo, escritora, poeta y artesane. Boliviane y brasileña, brasileño y boliviano, los dos por igual, en este caso el lugar de nacimiento no importa.

Escribe para organizar el caos, aunque no entienda bien de que se trata.

<https://www.instagram.com/caroleburry/>

<https://twitter.com/caroleburry>

<https://medium.com/@caroburry>